



# COMENTARIO

DE

## MIGUEL DE UNAMUNO

**E**STABA aquí, en esta mi jaula parisiense, escribiendo—¿por qué no he de decir cantando por escrito?—, y con destino á este mi querido semanario **NUEVO MUNDO**, cuando llegó á interrumpirme un redactor de *L'Intransigent*, el cual, muy cortésmente, pero en el fondo con la intransigencia de la publicidad, me dijo si «en vista de cualquier eventualidad» no me prestaría á ir á casa de un fotógrafo, aquí cerca, para que me sacasen unos retratos. Transigí, ¿cómo no?, ante el representante del *Intransigente*. ¿Quién se opone á la publicidad? Y más, si se ha hecho hombre público. ¿Quién resiste á la Prensa? Además, por mucho que se tenga la obsesión de la eternidad, hay que pasar por el yugo de la actualidad. ¿O es que lo eterno está fuera de lo actual? ¿Es que lo eterno es otra cosa que la sustancia de lo actual?

Se fué el representante del *Intransigente*; puse su tapón de corcho á la botellita de que me sirvo de tintero; interrumpí lo que por escrito estaba cantando para este semanario—y que acaba con un soneto á la carretera de Zamora de mi Salamanca—, y me saludó llamándome *maitre*.

¿Habéis visto nada que se parezca más al gabinete de un dentista que el gabinete de un fotógrafo? En el uno sacan muelas; en el otro sacan retratos. O á las veces empastan retratos. Hasta hay fotografías en que se le antoja al paciente que huele á drogas anestésicas. Anestésicas y anestésicas ó antiestéticas.

El sillón en que se le obliga á sentar al paciente en una fotografía se parece como á un mellizo al sillón del gabinete de dentista. Sólo que en vez de manipular el sillón el fotógrafo manipula la cámara obscura. Esto cuando no le ceba á uno las manos á la cara y á la cabeza para colocárselas á punto de extracción.

Acaso convendría que al paciente fotográfico, lo mismo que al paciente odontológico, se le administrara un anestésico antes de la extracción. Pero ¿es que esas pantallas y esas luces de colores—¡oh, terrible magnesio!—no son anestésicos? Lo primero que un fotógrafo que se estima, que se crea artista, trata de hacer es suggestionar al paciente para ponerle en *pose*. Esto de *pose* es un término técnico del arte que sólo puede decirse en francés. Posar en castellano es otra cosa. Una mariposa se posa sobre una flor, un pajarillo cantor se posa sobre la rama de un árbol. Y á mí, cuando estaba cantando por escrito con destino á estas páginas, vino un representante del *Intransigente* y me obligó á ir á *poser* ante una máquina fotográfica.

¡Terrible máquina! Y máquina que dispara, digan lo que quieran, que le arranca á uno un retrato, que á las veces es como si le arrancara una muela. A mí acaban de arrancarme tres con destino, «en vista de una eventualidad», al *Intransigente*.

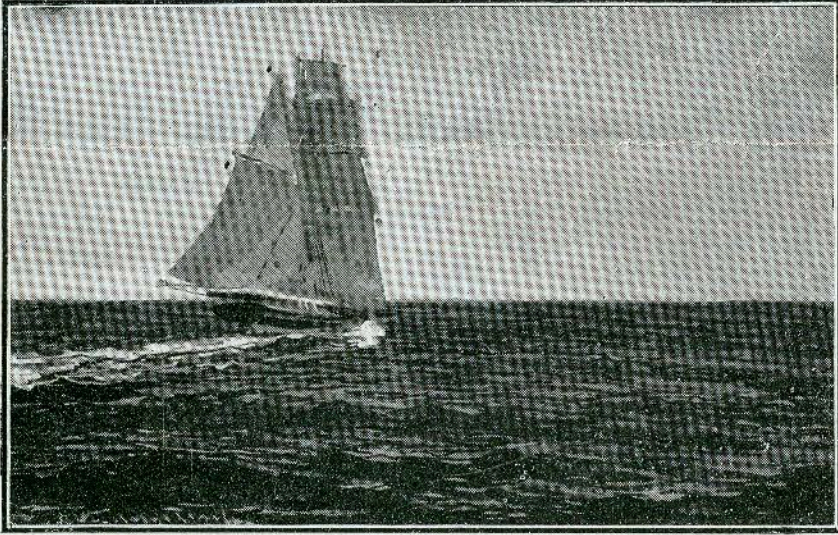
Estaba yo hace pocos años en Barcelona, pasando unos días allí, y fui á visitar el Manicomio de las Corts, en Sarriá. Iba á ver á sus directores, al capellán de la vecina Casa de Maternidad, mosén Clascar, hombre de extraordinario mérito, ya muerto, y á ver de paso á los incomprendidos que estaban encerrados en aquella casa de salud.

Estando recorriéndola con el doctor Corolen, díjome éste que uno de los reclusos, sabedor de que yo pasaba por allí de visita, había manifestado deseos de conocerme y saludarme. «Es perfectamente tranquilo y muy razonable», me dijo el doctor Corolen. Al poco llamó á un joven muy bien portado que por el jardín se paseaba muy tranquilo, y me presentó á él. El joven recluso, con acento marcadamente catalán, me preguntó: «¿El señor don Miguel de Unamuno?» «El mismo», respondí; y él entonces: «Pero el auténtico, ¿eh?, el de verdad, y no el que viene retratado en los papeles?...» «El auténtico», contesté sin pararme á pensar la contestación, porque si la pienso... «¡Gracias!», añadió, y sin más decirme alejóse.

¿Estaba loco el recluso del Manicomio de las Corts de Sarriá? ¿No encerraba su pregunta un sentido profundo? No pregunté si aquel incomprendido no habría sido teósofo antes de ingresar en aquella casa de salud, y aun si no seguía siéndolo. Su urbanidad fué exquisita. No me molestó con ningún interrogatorio, no me sometió á ninguna entrevista; limitóse á averiguar si era yo el auténtico y no el que sacan en los papeles. Y desde entonces, cada vez que veo en los papeles el producto de alguna de las extracciones fotográficas á que de tiempo en tiempo se me somete, me acuerdo de aquel delicado pensador catalán á quien por incomprensión tenían encerrado en el Manicomio de Sarriá. Y me acuerdo de él cuando leo otros retratos—estos, literarios—que á la pluma, y con palabras, se hacen de mí.

¿Por qué le contesté al pensionado de Sarriá que sí, que yo era el auténtico Unamuno? ¿Estaba yo mismo seguro de ello? ¿No será el auténtico el otro, el que viene de vez en cuando retratado en los papeles? Eso del retrato es una traducción; pero ¿es que yo no me traduzco á mí mismo? ¿Mi Unamuno, el mío, será el auténtico?

Y ahora, queridos lectores de **NUEVO MUNDO**, á esperar las eventualidades de los intransigentes.



### SOY NAVÍO...

*Soy navío que no sabe hacia qué playas navega. ¡Poco me importa el naufragio, si voy dejando una estela!*

*Unas veces mando yo; otras los mares me llevan, y me olvido de quién manda cuando salen las estrellas.*

*Soy navío que no sabe hacia qué playas navega.*

*Si se cierra el horizonte y el viento me zarandea, me pongo á escuchar la música de mis gavias y mis cuerdas.*

*Y entonces siento que brotan dentro de mí voces nuevas y ritmos insospechados. ¡Y bendigo la tormenta!*

*Soy navío que no sabe hacia qué playas navega*

*Voy persiguiendo luceros, voy buscando aguas inéditas. Aquí se me queda un mástil, allá me dejé una vela...*

*Y un día, desmantelado me encontrará la tormenta. ¡Poco me importa el naufragio, si voy dejando una estela!*

Ángel LÁZARO

DIBUJO DE VERDUGO LANDI

